

TOPONIMIA DE VITORIA V, ARRATZUA I

Alkate jauna,

Euskaltzainburua,

Jaun-Andreok,

Agur t'erdi.

Patxi Salaberrik aipatu duen bezala, Gasteizko *Arratzua* merindadeko sei herritako leku-izenak izan ditugu aztergai *Gasteizko Toponimia* egitasmoaren aldi honetan eta izen horien zerrendak eta deskribapenak jasotzen ditu liburu honek. Hemendik aurrera gaztelaniaz arituko naiz, zuen baimenarekin, aurkezpen hau errazteko.

El objeto de estudio de este proyecto de investigación es la toponimia histórica y actual del municipio vitoriano, que integra la propia ciudad y 64 aldeas, no todas hoy con junta administrativa. De cara a la investigación y a la publicación de los resultados, los pueblos han sido agrupados según las antiguas merindades que componían Álava en el siglo XI, año 1025, citadas en el conocido documento del Monasterio de San Millán de la Cogolla, *La Reja de Álava* y que aunque no coinciden con los actuales límites administrativos, nos sirven de guía en la planificación y presentación del trabajo. Hasta ahora ha visto la luz la toponimia de los pueblos que hoy pertenecen a Vitoria, pero que en su día formaban parte de las merindades de *Malizaeza*, *Ubarrundia* y *Langraiz*. Ahora le toca el turno a la zona este, la antigua *Arratzua*, con 21 pueblos, y que vamos a publicar en tres tomos. Es por ello que el libro que hoy les presentamos lleva por título *Toponimia de Vitoria V, Arratzua I*, en la colección de esta Academia Onomasticon Vasconiae 31, donde se recogen los nombres de lugar de estos seis pueblos, a saber: Arkaia, Arkauti / Arcaute, Betoñu / Betoño, Elorriaga, Gamiz y Otazu.

Parece obligado recordar que un topónimo es ese nombre propio de lugar que los habitantes ponen a un río, una pieza, un monte, un camino, una aldea..., para su identificación. Es decir, nombres tan conocidos para nosotros como *Arkatxa*, *Salburua*, *Iturroste*, *Errekaleor*, *Olaranbe*, *Las Neveras* o *Elorriaga*.

Como ya hemos explicado otras muchas veces, y sin ánimo de repetirnos en exceso, en nuestro territorio, tal y como demuestra el estudio de la toponimia -entre otros estudios-, las dos lenguas utilizadas por los lugareños son el euskera y el castellano. Bien es cierto que el euskera deja de ser lengua vehicular hace un par de siglos, por poner una fecha, si bien esto no es igual en todo el municipio, y el lugareño, en un momento dado, ya no es capaz en muchas ocasiones de reproducir el topónimo heredado, de ahí que uno de los fenómenos más habituales en nuestros nombres, entre otros, sea el de la desfiguración. Por ejemplo, hasta hace apenas doscientos años se llamó *Larraokelu* ('rincón de la larra') a lo que hoy llaman *Larruquelo* y otros *Raduquelo*; o lo que se llamaba *Basostea* ('lo de detrás del bosque, monte') hoy es *Basostes*.

Pero, ¿cómo llegamos a estas conclusiones? Pues haciendo investigación. ¿Y cómo la hacemos? se preguntarán. Pues aplicando el método científico y siguiendo cada uno de sus pasos. Es decir, *grosso modo*: la presentación del problema, el planteamiento del objetivo, la recopilación de los datos, la organización de esos datos, la propuesta de una posible solución, la prueba de esa solución y la presentación de

los resultados, el libro en este caso Y la forma de exponer estos resultados es fundamental para que puedan ser comprobados, contrastados, verificados o refutados, condición esta indispensable de un trabajo de investigación. La ciencia ya sabemos que no es un acto de fe, y está abierta y sujeta a réplica, contrastación, verificación, o refutación. Pero como en anteriores ocasiones ya he explicado más detalladamente estos pasos aplicados a nuestra disciplina, la toponimia, hoy me centraré en por qué tenemos un problema.

Cualquier disciplina investiga sobre algo que inquieta o interesa a la sociedad, o al campo científico en particular, por muy diferentes motivos y, en ocasiones, dispares. Piensen ustedes, cuáles son los motivos de investigar nuevos fármacos, uno evidente es el terapéutico, pero otro puede ser también el puro interés económico de las empresas farmacéuticas. O por qué se investiga en armamento, evidentemente porque hay alguien que quiere ganar una guerra. La toponimia ha sido declarada por la UNESCO patrimonio cultural inmaterial de la humanidad y, como tal, es nuestro deber investigar, proteger y conservar nuestros topónimos.

Por lo tanto, ya parece que ésta es una razón, una motivación para investigar nuestra toponimia. Pero hay más, porque esta motivación lleva consigo otros muchos problemas que serán el punto de partida para el trabajo científico. Y ¿cuáles son? Piensen en estos nombres: *Arcaute*, *Arkauti*, *Olaranbe*, *Recaleor*, *Errekaleor*, *Arcacha*, *Arkatxa*, ¿cómo los escribimos en un cartel? ¿Con *c*? ¿Con *v*? ¿Con *ch*? ¿Con *tx*? ¿Con *m* antes de *b*? Y la pregunta del millón: ¿en qué lengua están? Si lo sabemos, podremos aplicar las normas ortográficas actuales correspondientes a cada lengua, que obviamente no son las mismas que en el siglo XV, más que nada porque entonces no estaba fijada la norma ortográfica tal y como la entendemos hoy.

Me viene a la memoria un artículo de opinión, escrito por un conocido cronista local, acerca de los topónimos de nuestro municipio. En él se quejaba, y repartía estopa a diestro y siniestro, por decirlo finamente, de que “euskaldunizar” debía de consistir en ponerle *Arkauti*, al viejo *Arcaute*, al clásico “Olaguibel” quitarle la *u*, *Olagibel*, o a *Santsomendi* colarle una *t*, además de las *Us*, y las *Kas* como en *Betoñu*, *Abetxuku*,...etc. Y sentenciaba, dirigido en este caso a la corporación municipal vitoriana: *sun tontus del culu*. Y pensé: éste es uno de los problemas que motivan nuestra investigación. Necesitamos nominar calles, rutas verdes, estaciones,... necesitamos poner en los libros de texto los nombres de los ríos, de los montes, de las poblaciones... pero tal y como marca la ley, respetando las dos lenguas del territorio y dándole a cada una lo suyo. Quiero decir, que un topónimo como *El Alto de San Miguel*, lo escribiremos en castellano, pero su correspondiente en lengua vasca, documentado y no inventado, en *Arkaia* entre los siglos XVII y XVIII, *Sanmigelgana*, lo escribiremos en lengua vasca, es decir si *u* tras *g*, y no porque seamos caprichosos, sino porque respetamos cada una de las lenguas y sus correspondientes formas. Es el patrimonio que nos han legado nuestros antepasados, y es precisamente ese patrimonio el objeto de nuestra investigación.

Volviendo a nuestro cronista, *Arkauti*, no se ha puesto encima del “viejo” *Arcaute*. Claro, no sabemos qué entiende él por “topónimo viejo”, 50 años, 70, 100, 500, mil años... *Arkauti* se documenta desde el siglo XV, pero es que además y como podrán ver en el libro, el topónimo *Arkautira bidea*, cuya traducción es ‘el camino de Arcaute’, es el nombre que daban al camino los lugareños de Elorriaga y Arkaia y que se mantuvo vivo hasta hace unos años. No parece, a nuestro entender, que sea muy nuevo, ¿no? Lo que sucede es que *Arcaute* es la forma romance y *Arkauti* es la forma vasca pero, además, es la junta administrativa la que tiene la potestad de poner un nombre u otro a su pueblo. Otra reflexión que me inspiró el cronista fue que quizá uno de los fallos que tenemos los que hacemos investigación es la insuficiente divulgación

de nuestro trabajo, si bien lo hacemos en ocasiones, incluso pueblo a pueblo. Es ésta una tarea que tenemos que abordar, y explicar por qué topónimos que hoy están vivos como *Madragoia*, *Padragoia* o *Basochetas*, resulta que nosotros proponemos *Maduragoia*, *Paduragoia* o *Basotxoeta*. Pero claro, todo esto está explicado en el libro.

No podemos obligarles a leerlo, pero si sugerirles su consulta, una lectura no ordenada si lo prefieren, pues descubrirán el significado de muchos de nuestros topónimos y nuevas hipótesis sobre las que poder seguir trabajando, tanto en nuestra disciplina como en otras. Un topónimo tan bien documentado desde siglo XV como *Dura(n)zarra* (hoy *Burunzarra* y *Buranzarra*) nos lleva a pensar que podría haber habido una “Durana vieja”, pero lo desconocemos, y nos quedamos a la espera de lo que digan los historiadores. Algo similar sucede con el muy bien documentado *Kastrua*, que nos lleva a pensar en un castro, aunque quizá ya lleguemos tarde para poder comprobarlo, si tenemos en cuenta las obras efectuadas en su día para la construcción de la vía del ferrocarril, y a esto le añadimos las últimas urbanizaciones de la zona. He aquí otro resultado de la aplicación del método científico: cada nuevo conocimiento genera nuevos interrogantes, descubre nuevas aristas aún por abordar.

El material sobre el que hemos trabajado para la elaboración de este volumen es el *corpus* toponímico del municipio, propiedad de Euskaltzaindia, y del que hemos utilizado 40.000 registros, con los testimonios que nos han legado nuestros antepasados desde el siglo XV. A estos datos históricos hemos añadido los nombres recogidos pueblo a pueblo y que muy amablemente nos han transmitido sus actuales moradores. Vaya desde aquí nuestro más sincero agradecimiento.

En este volumen, y una vez hecha la investigación pertinente, presentamos 1.497 topónimos normativizados, ordenados y clasificados, de los cuales están vivos hoy día 200, es decir el 13%. Además, presentamos 12.000 testimonios documentales. Esto es, cada entrada toponímica normativizada va acompañada de una muestra de los testimonios del topónimo (con información detallada de la fuente) desde el más antiguo que conocemos hasta el actual, si lo hay, junto a uno o varios textos donde se recoge el nombre en cuestión. Asimismo, se incluye un apartado con observaciones (OBS.) donde se presenta la (posible) etimología del nombre, junto a otros datos lingüísticos o de interés histórico, y la ubicación en mapa (si es actual). Al final del volumen se ofrecen dos índices con todas las entradas toponímicas normativizadas: uno de toda la zona y otro de cada pueblo. Se incluyen también los nombres actuales, aunque no correspondan con el nombre normativizado, con el fin de poder identificar ambas formas. Por ejemplo, el topónimo actual *Basochetas* en Arkaia, dirige a *Basotxoeta*; en Elorriaga- Arkauti, el topónimo *Basasa* nos lleva a *Basazarra*; *El Aspuro* de Gamiz a *Elexpuru*, o *La Rebalza* a *Larrabaltza*; *Madragoia* de Otazu o *Padragoia* de Betoño a *Maduragoia* y *Paduragoia* respectivamente; se han incluido los mapas de cada pueblo, con los topónimos vivos y ubicados. Y por último, se ofrece un índice de voces que, a nuestro entender, pueden resultar curiosas o de un cierto interés para el lector.

Dicho esto y siguiendo con nuestro cronista, no parece que el objetivo sea “euskaldunizar” nuestros topónimos, ni meter *Ks*, o *Us* sin ton ni son. El ayuntamiento vitoriano ha sido, en la mayoría de las ocasiones, un baluarte en la conservación de sus topónimos: *Basoa*, *iturritxu*, *Mariturri*, *Zabalgana*, *Salburua*, *Borinbizkarra*... y con la ayuda de trabajos como el que les presentamos, ahora somos más capaces, de lo que lo éramos anteriormente, de escribirlos e interpretarlos, en muchas ocasiones, correctamente. Esto no es óbice para que en más de una ocasión y según avanza la investigación, corriamos propuestas anteriores, tal y como ha señalado el profesor Salaberri. Pero estas cosas pasan en todas las disciplinas, que hay que desdecirse. Piensen ustedes, por ejemplo, en la época en que se hacían exorcismos, que creo que

todavía se realiza alguno, cuando hoy se sabe que los síntomas del exorcizado corresponden con una encefalitis autoinmune. O cuando la sonda de la Nasa *Mars Climate*, en 1999, se estrelló contra el planeta Marte por un error de unidades y sistemas, en definitiva, una confusión entre millas y kilómetros. No quiero decir con esto que ‘mal de muchos consuelo de tontos’, sino que unas veces el error es no haber llegado a un nivel de conocimiento óptimo para ofrecer una resultado veraz, y en otras, el error puede deberse a descoordinación o lo que llamaríamos ‘fallos tontos’. En cualquier caso, hay que reconocerlo.

Como afirman los investigadores Schulz y Katime, todas las ramas de la ciencia tienen sus falsarios, desde la medicina hasta la matemática pura. Sin embargo, por su propia estructura, la ciencia cuenta con una serie de mecanismos de seguridad que garantiza una corta vida a cualquier mentira. Asimismo, tenemos que diferenciar entre fraude, es decir la mala praxis o la mentira deliberada, o el error honesto en la interpretación de los datos. Quiero decir con todo esto, y para ir terminando, que aquí no hay fraude. Las explicaciones, las hipótesis, los datos están ahí, para que puedan ser verificados o refutados. No cabe en un trabajo científico la idea de “no se puede consultar ni prestar por deseo del autor” algo que pasa con las tesis doctorales *cum laude* de dos conocidos políticos en activo. Aquí está el libro para su consulta. Es más, los tomos de la obra están a disposición de toda la comunidad en la página web de Euskaltzaindia/ Real Academia de la Lengua Vasca. Para terminar con nuestro cronista que tanto nos ha ayudado en esta exposición, se quejaba también de que a la plaza del “Matxete” ahora le habían quitado la *tx*, cuando en realidad nunca la tuvo -en euskera es *Aihotz plaza* y en castellano *Plaza del Machete*- claro, que el desconocimiento de nuestras lenguas ha llevado a que alguien lo escriba de esa manera. Lo mismo que le ha sucedido a él, cuando decía *sun tontus del culu*, ¿pretendía decirlo en latín, quizá?

Para concluir, quiero agradecer a todas las personas que nos ayudan en nuestra labor diaria de una u otra manera. Y a todos ustedes que hoy nos acompañan y respaldan nuestro trabajo, a sabiendas que estar aquí ha supuesto un serio esfuerzo. Ahora sólo queda que disfruten de la obra.

Eskerrik asko guztioi!

Elena Martínez de Madina

Gasteiz, 2016-III-10